

# En la Cima del Monte Ararat

(Bosquejo dramático)

## PERSONAJES

Noé  
UNA MUJER

## ACTO UNICO

## ESCENA UNICA

La cima de una mole de escombros. En el medio, Noé observa el cuerpo exánime de una mujer. Tiene el pelo y la barba crecidos, la ropa destrozada y carga a la espalda mochila de soldado. Su edad oscila entre los treinta y cinco y los cuarenta años. La mujer es unos diez años más joven, es de aspecto saludable y posee cierta belleza, pese a los estragos del sufrimiento; apoya la espalda sobre un trozo de mampostería y tiene la cabeza reclinada sobre uno de los hombros. Se oye una explosión muy lejana; la mujer vuelve en sí y al descubrir a Noé sufre un pequeño sobresalto, pero se recobra de inmediato y lo mira sin ninguna expresividad.

UNA MUJER. — (*Con voz apagada*). Lo esperaba. (*Pausa prolongada*). Me tranquiliza. Tengo los nervios destrozados de esperar. (*Nueva pausa*).

NOÉ. — (*Sin matizar la expresión*). ¡Es extraño!

UNA MUJER. — ¿Morir?

NOÉ. — Encontrarla a usted aquí. Llegué a tener la certeza de ser el único ser viviente.

UNA MUJER. — Ya ve que no lo es; razón de más para matarme.

NOÉ. — ¡Matar! Debo haber perdido la práctica.

UNA MUJER. — (*Cobrando paulatinamente vivacidad*). ¡Qué extraño!

NOÉ. — Ahora toca a usted sorprenderse.

UNA MUJER. — Me sorprende el que hable mi propia lengua y que nos hayamos encontrado aquí. También el que no sea mi enemigo. No sé si todo esto tiene sentido.

NOÉ. — Lo tiene, al menos para mí. La soledad me ha concedido conocer el sentido de todas las cosas.

UNA MUJER. — La soledad le ha sido generosa. A mí no me ha dado tanto, como no sea apenas la conciencia de que vivo; y miedo.

NOÉ. — Ya es generosidad.

UNA MUJER. — No me quejo, sólo que se ha mostrado demasiado generosa en lo segundo. Mucho miedo de perder la vida para tan vaga conciencia de vivirla. Ultimamente la desproporción se hizo tan grande que casi no valía la pena seguir adelante; dos días sin comer... creí que era el fin; creí lo mismo cuando apareció usted. *(Noé se desprende sin prisa de su mochila, saca de ella comestibles y se los ofrece. La mujer vacila un instante y los acepta; come con avidez. Su voz y su mirada declaran desconcierto y agradecimiento a la vez).*

— Esperaba que sus manos me dieran la muerte y en cambio me ofrecen un bocado; no acierto a explicarme por qué ocurren las cosas así, pero de todos modos, gracias.

NOÉ. — ¿Gracias? Como en los buenos tiempos. *(Con una leve reverencia y con sorna)*. No tiene por qué.

*(La mujer ríe con una risa apenas perceptible pero deja de hacerlo súbitamente mientras su rostro se ensombrece).*

— Es demasiado pronto, o acaso, demasiado tarde para reír.

UNA MUJER. — No sé. He sentido un cierto malestar.

NOÉ. — Como si hubiera profanado algo.

UNA MUJER. — Y al mismo tiempo un gran alivio...

NOÉ. — El alivio de la liberación. El excesivo sufrir encadena y las cadenas son siempre intolerables.

UNA MUJER. — ¿Se empeña en explicar todas las cosas?

NOÉ. — Es un mal hábito de mi juventud; por otra parte, ello me salvó de la locura.

UNA MUJER. — Yo nunca me he explicado nada, ni busqué la explicación de nada, y sin embargo...

NOÉ. — Era el otro camino para salvarse. Eligió usted el más seguro.

UNA MUJER. — No lo sabía.

NOÉ. — Si lo hubiera sabido habría dejado de serlo.

UNA MUJER. — ¡El ser inconsciente me ha salvado! Puede ser; dice las cosas con un aplomo que apenas admite dudas, y además, yo deseo en estos momentos cualquier cosa menos dudar.

NOÉ. — Ha hecho carne en usted la actitud del naufrago: la salvación a toda costa. Con todo, una posición inteligente...

UNA MUJER. — *(Lo interrumpe con suavidad)*. No se esfuerce, por favor; ha venido como un amigo y hay mucho que me interesa averiguar de más importancia que lo que intenta explicarme. ¿Cree realmente que seamos los únicos sobrevivientes? *(Se pone de pie)*.

NOÉ. — No podría afirmarlo, la verdad, pero durante meses y meses de continuo caminar no he encontrado señales de vida.

UNA MUJER. — Puedo decir lo mismo, salvo que no he andado tanto. Cuando desperté del sopor de una fiebre violenta, sólo hallé cadáveres en el refugio subterráneo donde me encontraba. Tuve que pasar sobre miles de ellos. A alguna distancia de la salida descubrí un hueco muy grande en una mole de escombros, allí, abajo. Lo elegí como refugio y desde entonces vivo en él esperando.

NOÉ. — ¿Esperando?

UNA MUJER. — Lo que le dije en el momento de verlo. ¿Y cómo escapó usted?

NOÉ. — Que más da. El hecho es que escapé. Cumplía un largo viaje aéreo y al descender me encontré con esto. Esa fiebre que menciona debió ser una peste fulminante, cuestión de horas. Además, no tenía una gran faena que cumplir con las ciudades semi deshabitadas. No pasan en vano siete guerras mundiales.

UNA MUJER. — (*Afectada por el recuerdo*). He visto morir la gente como hormigas.

NOÉ. — No merecía vivir.

UNA MUJER. — (*Sorprendida*). ¿Lo merecemos nosotros?

NOÉ. — No en lo que a mí respecta, y eso que cuenta en mi descargo el que al menos no busqué esta guerra. Antes de empezar me lo echaban en cara, me rebelé contra los primeros síntomas de la locura y padecí persecución por ello. Mis hermanos me creyeron cobarde y la mujer a quien amaba me hirió más profundamente que el insulto porque no supo comprenderme en ese instante. Es difícil comprender, pero no tanto como para obstinarse en no intentarlo, y un mundo que amenazaba derrumbarse ofrecía un buen pretexto para eludir tan imperiosa obligación. Nadie comprendía. Una gota de agua no puede volverse contra la corriente del río y al cabo no es otra cosa que agua del mismo río. También yo tuve que plegarme a la locura universal. Pero no busqué la guerra.

UNA MUJER. — Tampoco la buscaron muchísimos otros.

NOÉ. — Menos de los que piensa. (*Arrastrando las palabras*). Fué una verdadera locura universal... (*Vuelve al tono normal*). Mi éxito mayor no ha sido escapar a la muerte sino a la insania de los hombres.

UNA MUJER. — (*Se sienta sobre el mismo trozo de mampostería que le servía de apoyo*). Se debe mucho a sí mismo. Acaso por eso se le dió la recompensa de vivir.

NOÉ. — ¿Recompensa? ¿De quién?

(*La mujer se encoge de hombros mientras mira furtivamente al cielo*).

—No achaque al azar una capacidad de juicio que no tiene. Soporto al azar con la misma resignación que a la Naturaleza.

UNA MUJER. — (*Con mansedumbre*). No pensaba en el azar.

NOÉ. — Sí, pensaba en él, sólo que lo pensaba usted con otro nombre.

UNA MUJER. — (*Conciliadora*). Demasiado complicado para mí. Pero permítame que vuelva al punto de partida. Yo le estaba interrogando; ¿le molesta mi curiosidad?

NOÉ. — De ninguna manera, si bien me parece inútil.

UNA MUJER. — Eso corre por mi cuenta. Me interesa usted y es lógico que quiera conocer algo de su vida.

NOÉ. — Su interés acaso me hubiera halagado en otro tiempo, no ahora; la falta de competencia quita brillantez al triunfo.

UNA MUJER. — Esta vez toca a mí corregirlo. No llame triunfo a lo que es una simple necesidad de comunicación; ¿podría interesarme la vida de otro si aparte de mí es usted el único viviente?

NOÉ. — ¿Es necesario que le interese la vida de alguien?

UNA MUJER. — Nunca me he preocupado de que fuera o no necesario, tampoco ahora, pero ya que me apura con una pregunta creo que puedo responder por la afirmativa. Si se obstinara en encerrarse en sí mismo mi situación sería la misma que la de antes de su llegada, y le aseguro que me han atormentado más unos meses de soledad que todos los horribles años de la guerra. Me acaba de ofrecer alimento y eso me ha alegrado mucho más que por satisfacer una necesidad urgente, por la posibilidad de entendernos que escondía su gesto. Lo mismo me alegré al reparar que hablaba mi propio idioma; si fuera extranjero mi alegría hubiera sido menor, aunque hubiera sido una alegría al fin.

NOÉ. — Zoón politicón.

UNA MUJER. — (*Guarda silencio, sorprendida, como esperando una continuación*). No le entiendo.

NOÉ. — Perdone, es un lastre difícil de echar por la borda. No hacía más que resumir sus propias palabras.

UNA MUJER. — ¿Y entonces?

NOÉ. — Concedo que pueda interesarle la vida de alguien.

UNA MUJER. — Concretamente la suya.

NOÉ. — Es que para usted mi vida es la vida de alguien, y la verdad, también lo es para mí. Todavía la sigo arrastrando, pegada, como la piel, pero siento que pronto tendré que desprenderme de ella como de esta ropa hecha pedazos; un poco más y podré hablar de mi propia vida como si fuera la de otro.

UNA MUJER. — Hábleme ahora, de usted mismo.

NOÉ. — (*Parece vacilar; luego se sienta a su lado, a alguna*

*distancia, sin mirarla*). Lamentaré desilusionarla. (*Pausa*). ¿Acaso yo no soy el resto de una desilusión? (*Pausa*). Cuando no existe un objetivo de antemano el tiro está fatalmente fallado, y yo apunté la vida con una gran carga de ilusión en el impulso. El blanco estaba siempre ante mi vista, pero siempre desaparecía en un escamoteo incesante, agotador, estúpido; tuvo que gastarse toda la fuerza del impulso para convencerme de que no había nada más allá de mis narices. Como ve, mi vida se resume en una imagen bélica; en última instancia no es más que un tiro fallado.

UNA MUJER. — Una vida es algo más que eso. Otras cosas debieron haber...

Noé. — (*Acalorándose paulatinamente*). ¡Oh sí! Se refiere usted al material biográfico específico, anécdotas, hechos, sí, los hay, los hay, y todos responden a un riguroso ciclo evolutivo. Hubo juegos en la infancia, amor en la juventud y una tremenda pasión intelectual. De agotar la fantasía en los juegos infantiles a gastar los sentimientos en el juego amoroso no hay más que un peldaño de diferencia y la falta de seriedad se vuelve pesada cuando se pasa insensiblemente al juego intelectual. ¡Ah los libros leídos, las palabras de los idolatrados maestros bebidas como el agua y la leche, el escozor de los grandes problemas y los últimos interrogantes! ¡Ah las noches pasadas iguales a los días en la presuntuosa tarea de entender... entender... entender! Puro fuego de artificio. Todos los fantasmas que poblaron mis sueños y desvelos no iban a ninguna parte, no conducían a nada; ¿A dónde iban a conducir? Un tiro fallado. Y para colmo, tuvo que llegar la última, la inefable desilusión, la guerra, la quiebra de mi fe en los destinos del hombre una vez perdida la confianza en los míos, y tuve que padecer la infinita estupidez desatada a borbotones hasta que llegó esta soledad, ¡mi soledad! y con ella la solución tanto tiempo anhelada, hay un sentido para todo: el sin sentido de todo. (*Pausa breve*). Una solución tan fácil me hubiera ahorrado esfuerzos a lo largo de mis días, pero al fin y al cabo, no ha llegado demasiado tarde, y lo que es mejor, ha llegado en una circunstancia excepcional, la de encontrarnos solos. (*La mujer demuestra no comprender con un gesto*). Antes de que despertara estuve contemplándola largo rato. Usted descubrió en mí al prójimo y yo descubrí en usted primero a la mujer... pero soy menos un hombre que un resentido y pocos instantes bastaron para madurar la decisión de marcharme de inmediato.

UNA MUJER. (*Casi provocativa*). ¿Qué le ha detenido?

Noé. — (*Vuelve al tono primero, impersonal*). Me sorprendió su despertar, sus primeras palabras...

UNA MUJER. — ¿La necesidad de comunicación tal vez?

NOÉ. — Tal vez, aunque en mí se ha dado de un modo diferente; quizá me haya halagado la posibilidad de encontrar un testigo para mi decisión, y por cierto que es ejemplar y viene muy al caso el que yo sienta la vanidad y la soberbia de mis actos. Esto es el hombre. Y yo soy el hombre.

UNA MUJER. — ¡Un hombre!

NOÉ. — ¡El hombre! Da lo mismo uno que un millón. Un rostro y un temperamento calan menos de lo que parece a primera vista, y hace falta cierta distancia para ver que millones de hombres no son más que uno solo puesto frente a un juego de espejos. Yo soy el hombre. Usted es la mujer. ¡Y tenía el hombre que encontrarse con la mujer!

UNA MUJER. — Fué un encuentro casual.

NOÉ. — Sin duda, pero hay alguien que sacaría provecho de esta casualidad si no me hubiera propuesto negarme a sus designios.

UNA MUJER. — Nadie hay además de nosotros.

NOÉ. — Está la Naturaleza.

UNA MUJER. — Es la segunda vez que la menciona.

NOÉ. — Y lo haría cien veces más. Es la vencedora, la gran vencedora; un verdadero dios, indiferente, poderoso, cruel, magnánimo, incomprensible, un dios en fin al que rendiría culto si hubiera tenido la suerte de leer la última página de su libro. No me ha quedado sino soportarla, y ahora, por esta feliz casualidad, quebrantarla con mi esfuerzo. Estamos solos, aparentemente solos. ¿Ve usted lo que hay detrás suyo?

UNA MUJER. — (*Visiblemente consternada, sin girar la cabeza*). Lo conozco de sobra; algo que fué una ciudad.

NOÉ. — Una ciudad mil veces edificada y mil veces destruída, una historia monótona, la verdad, y de una monotonía irremisible. Ahora yace recogida sobre sus propias ruinas como un monstruo prehistórico destrozado por los accidentes del clima. Pero una ciudad es todavía algo más que un monstruo, y si otros hombres vinieran le darían vida de nuevo amasando sus mismos huesos, metiendo en su organismo la misma sangre de otras veces, alimentando sus calles, sus palacios, sus fábricas, sus tugurios con los mismos sueños, los mismos dolores, los mismos trabajos, las mismas falaces alegrías de siempre. Si pudiera, volvería a repetirse millones de veces. Y puede. El azar ofrece la gran ocasión y la naturaleza la condimenta con la hermosa trampa de siempre; la suerte futura del hombre está puesta en juego en una hermosa trampa, ¿no lo ha pensado usted?

UNA MUJER. — Ya sabe que pensar no es mi fuerte; no lo fué antes ni tiene por qué serlo ahora frente a problemas que

me son del todo indiferentes. Acepto su preocupación por cuanto supongo la mucha amargura que se esconde en ella, pero excúseme de pensar. Tengo una circunstancia inmediata que atender: vivir; sólo sé que vivo aunque desconozco por qué motivo he mantenido esa voluntad de vivir. Usted en cambio está agobiado por extrañas preocupaciones; créame que siempre he admirado a los hombres capaces de atender las cosas que a la mayoría despreocupa, pero ahora me inclina más a la compasión. Debe haber sufrido mucho...

NOÉ. — (*La interrumpe*). Sigo sufriendo.

UNA MUJER. — ¿Le calmará en algo la partida?

NOÉ. — Para esto da lo mismo que me vaya o me quede; no se trata de mí ni de Vd., se trata del hombre. ¿Oyó la explosión de hace unos minutos?

UNA MUJER. — Es cosa de cada momento.

NOÉ. — Explosiones todavía. Es muy oportuno; ojalá oiga explosiones hasta el fin de mis días. Cada una me taladra los oídos desgranándose en palabras terribles; las oigo, sí, estoy seguro que las oigo, y siempre me dicen lo mismo: ¡acuérdate del hombre!, ¡acuérdate del hombre!

UNA MUJER. — ¿Es que se acordará el hombre de Vd?

NOÉ. — Hago esto para que se pierda su memoria.

UNA MUJER. — Está lleno de odio.

NOÉ. — Es que estuve lleno de amor.

UNA MUJER. — Por un momento creí que todavía lo estuviera; se mostró como un amigo.

NOÉ. — Nada tengo contra Vd.

UNA MUJER. — Pero está dispuesto a abandonarme.

NOÉ. — Nada tengo a su favor.

UNA MUJER. — (*Con despecho*). Y sin embargo me dió alimento de su propia mano; ¡pero sí!, entiendo, alimentaba a su testigo. Tenía razón, empieza Vd. a desilusionarme.

NOÉ. — Se lo advertí. (*Se adelanta y hace ademán de retirarse*).

UNA MUJER. — ¿Tanto le molesta mi desilusión?

(*Noé la mira largo rato sin pronunciar palabra; vuelve luego las espaldas y da algunos pasos*).

— ¡Por favor!

(*Noé se detiene y la mira de nuevo*).

— Cuando vuelva a mi refugio no sabré si todo esto ha sido realidad. Ahora mismo dudo que lo sea. ¡Ha sido tan inesperado, ha sucedido tan rápidamente! ¿No será todo esto un absurdo? No quiero admitir la idea de que sea un absurdo, de que este encuentro sea un encuentro descabellado, de que Vd... Pero no, ya que se obstina en partir, ya que la separación parece irreme-

diable, es mejor no formarse ninguna idea, dejar que este encuentro y esta separación queden como ahora, completamente inexplicables para mí; al fin y al cabo será un buen material para mi exceso de imaginación, y sin duda pronto tomaré todo por un sueño, el primero después de tantos años, el sueño del viajero inesperado que aparece y desaparece en un punto. (*Pausa breve*). ¿Tendré que soñar también el nombre del viajero?

NOÉ. (*Vacila un instante*). Noé.

UNA MUJER. — (*Con dulzura*). ¡Noé! Es un nombre muy especial; suena como un diminutivo cariñoso. Me será fácil recordarlo.

NOÉ. — El recuerdo es una fatigosa compañía.

UNA MUJER. — Compañía al fin y no siempre fatigosa como asegura; cientos de recuerdos me han ayudado a soportar la soledad, y tienen la increíble virtud de ser fieles.

NOÉ. — ¿Es que podrían no serlo?

UNA MUJER. — Me importa sólo que lo sean.

NOÉ. — Le cedo entonces el recuerdo de mi nombre, le servirá más que a mí.

UNA MUJER. — Seré testigo de su generosidad ya que lo soy de su esfuerzo.

NOÉ. — Hay cierta seriedad en su burla.

UNA MUJER. — (*Catagórica*). Diga más bien que hay burla en mi seriedad.

NOÉ. — Cuestión de palabras.

UNA MUJER. — ¡Es Vd. tan afecto a ellas!

NOÉ. — Algo más para recordar.

UNA MUJER. — Para contar tal vez. No es enteramente seguro que seamos los únicos sobrevivientes y pudieran aparecer otros hombres con menos odio y menos apuro que los suyos. Es una posibilidad digna de tenerse en cuenta.

NOÉ. — (*Con voz apagada*). Lo es, desgraciadamente, pero lo es sólo para Vd.; siga creyendo en ella que eso también le ayudará a vivir.

UNA MUJER. — (*Provocativa*). No sé por qué no lo toma Vd. en cuenta; ¿o es que tiene miedo de que su esfuerzo resulte inútil?

NOÉ. — (*Con el mismo tono anterior*). Se tiene miedo de algo o a alguien, y un vago concepto de utilidad no es ni una ni otra cosa para mí. Se me ofrece esta única posibilidad y yo quiero realizarla. La aparición de otros hombres acaso volverá ridículo todo esto, pero será ridículo para ellos porque ellos son naturalmente ridículos.

UNA MUJER. — *(Incisiva)*. ¡Vd. es el hombre!

*(Noé gira violentamente sobre sí mismo e inicia la marcha. Con sincera emoción)*. ¡Noé!

*(Noé se detiene en el momento preciso en que se oye una explosión más cercana que la anterior y echa a correr. La mujer lo sigue con la vista largo rato, hasta que vuelve la espalda y se aleja lentamente, con los brazos flácidos, como muertos)*.

TELON

ADOLFO PRIETO